

REVISTA ESPIRITISTA, PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: El Espiritismo y el Seminario conciliar Valenciano.—Los desertores.—Cartas sobre el Espiritismo, por un cristiano, VII.—Empleo oficial del magnetismo animal.—El magnetismo y el sonambulismo enseñados por la Iglesia.—Conversaciones familiares de ultra-tumba; Utilidad de ciertas evocaciones.—Madre, aquí estoy!—Una conversión.—Espirítismo teórico-experimental: Manifestaciones físicas.—Visión sonambúlica.—Visión de doble vista.—Sueltos.

SECCION DOCTRINAL.

EL ESPIRITISMO y el Seminario Valenciano.ⁿ

Aunque algo tarde, ha llegado á nuestras manos el discurso escrito y leído en latín por el Dr. D. Antonio Lleó y Comín, con motivo de la apertura del curso académico de 1869 á 1870, en el Seminario conciliar de Valencia. El Pbro. Sr. Lleó creyó oportuno combatir el sonambulismo y el Espiritismo, y así lo hizo. En su derecho estuvo, puesto que él, como todos los hombres, debe disfrutar, y disfruta, del libre exámen y de la libertad del pensamiento. Nosotros, en el pleno uso también de los mismos derechos, estimamos conveniente replicar al Sr. Lleó, y vamos á hacerlo.

Nos contraeremos sin embargo, al Espiritismo, ya porque es lo que mas directamente nos atañe, ya porque así abusaremos ménos de la paciencia de nuestros lectores. Conste empero, que conceptuamos de poca valía los argumentos empleados por el Sr. Lleó en contra del Sonambulismo. Decir de una cosa que es falsa, porque no la aceptan las corporaciones sábias, porque es peligrosa y porque es

susceptible de abusos, es decir muy poco, en nuestro humilde concepto. Peligrosa es la medicina, y nadie la niega; susceptible de abusos es la religión, y ninguno, que esté sano de juicio, la rechaza. En cuanto al *veto* de las corporaciones científicas (1), sabido se está de sobras que, según ellas, Colon, Franklin, Fulton y muchos otros estaban equivocados, á pesar de lo cual el porvenir les ha hecho la merecida justicia. Las Academias están compuestas de hombres, y los hombres somos falibles.

Hablemos yá de nuestra querida doctrina, del Espiritismo. El Sr. Lleó no niega los fenómenos espiritistas. Descartada la superchería; puesta de lado la superstición, que suelen simularlos la primera, é imaginarlos la segunda, los acepta, como los aceptamos nosotros. En este punto, el impugnador se une á los adeptos, para decir que es preciso vivir muy prevenidos contra el fraude á que se presta el Espiritismo, como todas las otras ciencias. Pero, sentada la realidad del fenómeno, el Sr. Lleó pasa á estudiar su procedencia.

(1) Véase en el presente número el artículo *Empleo oficial del magnetismo animal* y el siguiente.

¿Dimana directa é inmediatamente de Dios? Nò, contestamos nosotros; porque hoy por hoy, los Espíritus que estamos encarnados en la tierra, no somos, de mucho, bastante puros para recibir, sin intermedio, los efluvios divinos. Para nosotros, Espíritus que áun expiamos, Dios es incomunicable.

Nuestro impugnador sostiene tambien que los fenómenos espiritistas no nacen de tan alta estirpe. Por qué? «porque repugna á la razon que Dios juegue así con los hombres.» El Espiritismo no es un *juego* entre Dios y los hombres, y quien sostenga semejante principio, ignora radicalmente la doctrina espiritista. El Espiritismo científico, el expuesto en las obras de M. Allan Kardec, es toda una nueva y profunda Revelacion, que dilata los horizontes de la ciencia; vulgariza los principios fundamentales de la religion universal; restituye á la moral evangélica su carácter de irrefragable autenticidad, y abre al arte inmensos campos vírgenes que explorar y cultivar. El Espiritismo, por último, es uno de los infinitos medios, pero mas directo y eficaz que los otros, de que se vale Dios, en su incesante providencia, para dirigir á sus criaturas hacia el fin supremo, **EL TRIUNFO DE LA JUSTICIA**. Llamar *juego* á lo que de tales caracteres se halla revestido, es, cuando menos, hablar con poca propiedad.

Pero, si no proceden de Dios las revelaciones espiritistas ¿procederán de algun Espíritu bueno, aunque inferior al Sér supremo? Nosotros respondemos que sí, y en las obras fundamentales de Espiritismo—cuya lectura suplicamos á todos los hombres de buena voluntad—están los argumentos, hasta hoy seriamente irrefutados, en que apoyamos nuestra aseveracion. La escasez de espacio y de tiempo no nos permite exponerlos en este lugar. Pero el Es-

piritismo no es un misterio; ha nacido, se ha desarrollado y se propaga á la luz del dia; de modo, que el que desee conocer sus armas, puede conseguirlo fácilmente.

El Sr. Lleó disiente de nosotros, y está por la negativa en la anterior pregunta. En qué se apoya? En que «*Dios prohíbe expresamente en el Deuteronomio esta antiquísima superstición, es á saber, la de preguntar la verdad á los muertos. ¿Cómo, pues, pueden hacerse tales consultas sin reato de un gran crimen? y ¿cómo los Espíritus superiores ó las almas de los difuntos han de dar respuestas que no pueden otorgar sin pecado?*»

Ante todo, no es completamente exacto que la prohibicion inserta en el *Deuteronomio*, proceda de Dios. Moisés, al escribir sus libros, que nosotros respetamos, no siempre estaba inspirado, y además habia de acomodarse á las circunstancias de lugar y tiempo. Y esto es tan cierto, que la misma Iglesia católica no acepta todas las leyes mosáicas. Las puramente reglamentarias, que no son pocas, las rechaza, porque no las considera, y con razon, conformes con el espíritu de las épocas sucesivas á su promulgacion. La prohibicion del *Deuteronomio* reune todos los caracteres de las disposiciones reglamentarias, y origináronla los abusos que de la evocacion hacia el pueblo elegido, destinándola á otros fines que á *los de alcanzar mayor perfeccionamiento moral e intelectual, únicos á que licitamente debe destinarse aquella*. Llegada la humanidad terrestre á un grado tal de espiritualismo que le impidiese abusar de las evocaciones, la prohibicion debia cesar, y ha cesado en nuestra época. ¿Acaso es nuevo esto en la historia de las religiones? ¿Por ventura la misma Iglesia católica no prohíbe á ciertas personas lo que permite á

otras, en quienes vé garantías de que no abusarán de la concesión que se les hace? Los Espíritus superiores pueden, pues, contestar hoy á las consultas que *con sana voluntad* se les hagan, sin reato de crimen alguno y sin violar ninguna prohibición.

Pero ya quién se deben, segun el señor Lleó, las actuales revelaciones espiritistas? Ya lo habrán sospechado nuestros lectores, y no se han equivocado; al demonio.

Innecesario creemos detenernos en refutar extensamente semejante teoría. El demonio, *tal como lo concibe el señor Lleó*, anda hoy tan de capa caida, que pocos creen en él y nadie le teme. No perdamos, pues, el tiempo procurando destruir el efecto, que ántes producia el nombre de ese ser ilógico y puramente fantástico. Además, si se comunica el diablo,—y con permiso de Dios ineludiblemente,—pues nada ocurre en el mundo sin la intervención de su soberana voluntad—¿por qué ha de ser Dios tan *injusto y cruel*, que no neutralice la acción del Espíritu impuro, permitiendo que se comunique también un Espíritu puro, el Angel de la guarda, por ejemplo? Así lo creemos nosotros, y así nos lo dice la Iglesia católica. Y si se comunica el Angel de la guarda, que es un Espíritu relativamente superior, ¿por qué no se han de comunicar otros Espíritus superiores? Acaso el Dios justo por excelencia ha de pagar tributo, como nosotros, á los privilegios, odiosos siempre?

Tampoco nos detendremos mucho tiempo en las extensas consideraciones á qué se entrega el Sr. Lleó, con motivo de la dificultad que ofrece la identidad de los Espíritus. Ciento que es *difícil* obtenerla; pero cierto también que no es *imposible*. Y hay más aún, en los casos en que la identidad es como una precisión, se con-

sigue fácil, frecuente y satisfactoriamente, pues en las evocaciones de Espíritus familiares, los mismos Espíritus evocados se dan á conocer de un modo inequívoco, por medio de circunstancias morales, y á veces materiales que sólo á ellos son propias. En las otras evocaciones, la identidad es más difícil y menos frecuente; pero entonces es de todo punto inútil. Pedimos á Sócrates, por ejemplo, la resolución de un problema, y éste nos es resuelto. ¿Qué importa, para el caso, que el Espíritu que se haya comunicado sea el del mismo Sócrates, ó el de Platón, su discípulo? Lo importante, la resolución, la hemos obtenido. Lo demás es la puerilidad de un nombre más ó menos célebre en nuestro planeta. El Espiritismo tiene por objeto *la inquisición de la verdad y la práctica de la justicia*, y para esto no es condición indispensable la identidad de los Espíritus. Oigamos y obedezcamos á todos los que nos dicen la verdad y nos exhortan al cumplimiento del deber, cualquiera que sea su nombre, y prescindamos de cosas nimias, comparadas con aquellos dos grandes fines.

Resolviéndose, en fin, á penetrar en el fondo de la cuestión, dice el Sr. Lleó: «Si bien el Espiritismo admite un solo Dios, no lo confiesa como creador de todas las cosas,» y en apoyo de esta gravísima afirmación, cita el núm. 21 del *Libro de los Espíritus*. Ahora bien, el número citado dice textualmente: P. «La materia es eterna como Dios, ó bien ha sido creada por él en algún tiempo?—R. Sólo Dios lo sabe. Hay sin embargo, una cosa que debe indicaros vuestra razón, y es que Dios, tipo de amor y de caridad, no ha estado nunca inactivo. Por remoto que podáis representaros el principio de su acción, ¿podéis comprenderle ocioso un solo segundo?» Como se vé, la cita afirma lo contrario de

lo que dice el Sr. Lleó, y á mayor abundamiento, dice el núm. I del *Libro de los Espíritus*: «Dios es la inteligencia suprema, causa primera de TODAS las cosas.»

Continúa nuestro impugnador: «Concede—el Espiritismo—que Jesús fué un varón muy sabio y muy justo, mas niega que sea el Hijo de Dios vivo y el Verbo humanado;» y afirma este cargo, apoyándose en la página 378 del *Libro de los Médiums*. Esta página (léase), y todas las del libro citado, no se ocupa de la divinidad, ó no divinidad del Justo. En cambio, en los *Carácteres de la revelación espiritista*, pág. 27, nota, se lee lo siguiente. «La solución á la cuestión de la naturaleza de Cristo sólo toca de una manera accesoria al Espiritismo, el cual no tiene que preocuparse de tal ó cual religión; simple doctrina filosófica, no se levanta ni en campeón ni en adversario sistemático de ningún culto, dejando á cada uno su creencia.»

Prosigue el Sr. Lleó: «Rechaza la existencia de los ángeles y de los demonios, y afirma que todos los Espíritus son de la misma especie... etc.» Aquí hay una nota que dice: «*El Espiritismo en su más simple expresión*, introducción histórica al final, pág. 15: y en seguida, núms. 4, 5, 6, 12, 27.» De toda la cita (compruébese) sólo el núm. 27 se ocupa de la cuestión, y dice: «En las encarnaciones sucesivas, el Espíritu, habiéndose despojado poco á poco de sus impurezas y perfeccionándose por el trabajo, llega al término de sus existencias corporales, y entonces pertenece al orden de los *Espíritus puros o ángeles*.» De modo, que lo único pertinente de la cita, dice lo contrario de lo que el Sr. Lleó atribuye al Espiritismo.

Nuestro impugnador se ocupa en seguida del pecado original, de la pluralidad de existencias y de la resurrección universal

de los cuerpos. Imposible nos es tratar, en los estrechos límites de un artículo, todas estas cuestiones. Pero ahí están los libros espiritistas; leáselos, y se verá quién es más lógico, más humano y más acatador de la divina justicia, al solventar esos grandes problemas. Respecto de los dos primeros, algo encontrarán nuestros lectores en el presente número de la *Revista* en las *Cartas sobre el Espiritismo*. En cuanto al tercero, la inexorable ciencia demuestra la imposibilidad de su realización, en el sentido que pretende el señor Lleó.

No es exacto, como asegura nuestro impugnador, que el Espiritismo concede á las bestias un alma inmortal. El número del *Libro de los Médiums* en que apoya esta afirmación el Sr. Lleó, ni siquiera existe en la obra. La numeración de ésta no llega más que al 350, y el número citado por nuestro impugnador es el 597. Lo que dice el *Libro de los Espíritus* sobre las almas de las bestias es lo siguiente: «P. Puesto que los animales tienen una inteligencia que les permite cierta libertad de acción, ¿existe en ellos un principio independiente de la materia? — R. Si, y sobrevive al cuerpo.» (número 597.) Como se vé, pues, el Espiritismo dice, sobre esta cuestión, lo que es de sentido común. La materia es incapaz de libertad; en los animales se notan movimientos libres, y aun deliberados; luego existe en los animales un principio independiente de la materia. Hemos oido decir á algunos doctores católicos que, al morir el bruto, Dios anonada el principio inteligente que animaba á aquél; pero los doctores católicos son falibles también, y sin pecado alguno, puede llevarse opinión contraria á la de ellos. En virtud de esta libertad, nosotros los espiritistas no les seguimos en esta cuestión del alma de las

bestias, creyendo, por el contrario, que al morir éstas, no es anonadada aquélla.

Abandonando lo que él llama la teología dogmática del Espiritismo, pasa el señor Lleó á ocuparse de la moral de nuestra doctrina, y dice: «Segun el Espiritismo, en cuanto á nuestros deberes para con Dios, todas las religiones son absolutamente iguales y la oracion es del todo inútil.» Para asegurar esto, nuestro impugnador cita los números 306, 308, 654, 663 y 664 del *Libro de los Espiritus*. Los dos primeros (compruébense) son completamente agenos á la cuestión; el 654 (léase) no hace mas que confirmar la teoría de la Iglesia católica, respecto del alma y el cuerpo de la Iglesia cristiana. Al cuerpo pertenecen sólo los que han pasado por todas las fórmulas del catolicismo; al alma todos los hombres justos, y nada mas que los justos, que cumplan la ley de Dios, cualesquiera que sean su patria, lugar de nacimiento y culto (1). El número 663 dice, entre otras cosas: «Lo hemos dicho, nunca es inútil la oracion cuando está bien hecha,» y el 664 (véase), lejos de rechazar la oracion, dice que seríamos culpables, dejando de hacerla.

«Al tratar de las obligaciones del hombre para consigo mismo—prosigue el señor Lleó—el Espiritismo rechaza la castidad, permite los deleites, y condena tan sólo los excesos que repugnan á la naturaleza.» Lo de rechazar la castidad lo apoya en los números 334 y 698 del *Libro de los Espiritus*, y el resto de la acusación en el 281 de la misma obra. El número 334 nada tiene que se relacione con la castidad, pues trata de cuestión muy diferente, y el 698 dice: «P. El celibato voluntario ¿es un estado de perfección meritorio á los ojos de Dios?—R. No, y los que viven así POR EGOISMO desagradan á Dios y engañan á todo el mundo.» Lo que

se condena, pues, no es la virginidad, sino el celibato egoista, reputado culpable en todas las legislaciones. El número 281 en que se apoya el Sr. Lleó para decir que el Espiritismo permite los deleites, ni siquiera remotamente se relaciona con tal cuestión. En cambio, todos los libros de Espiritismo están llenos de consejos contra los deleites.

«En cuanto á los otros deberes—prosigue el Sr. Lleó—basta indicar que el Espiritismo proclama la disolubilidad del matrimonio (*Libro de los Espiritus*, números 697 y 336) y que casi ha suprimido el cuarto precepto del decálogo; (*Ibid* 822, 860) y que en el quinto han quedado el homicidio y el suicidio como cosa de poca importancia, (esta proposición es una simple consecuencia de la pluralidad de existencias corporales) excusando en gran manera el aborto. (*Libro de los Espiritus* 344, 358.)»

Comprobemos todas las citas hechas en este párrafo. El número 336 nada absolutamente tiene que ver con la disolubilidad del matrimonio, y el 697 dice así: «P. La indisolubilidad *absoluta* del matrimonio ¿es ley natural ó solamente humana?—R. Es una ley humana muy contraria á la natural.» Como se vé, aquí se trata del divorcio, necesario en no pocas ocasiones, y consentido por el mismo derecho canónico. Este además, consiente en ciertos casos la *nulidad* del matrimonio. ¿Qué hay, pues, de nuevo en lo que dice el Espiritismo?

El número 822 que se cita en apoyo de que el Espiritismo *casi ha suprimido el cuarto precepto del decálogo*, dice: «P. Siendo iguales los hombres ante la ley de Dios, ¿deben serlo igualmente ante la de los hombres?—R. Hé aquí el primer principio de justicia: No hagais á los otros lo que no quisierais que se os hiciese.»

(1) Tomásino, véanse sus obras.

?Hay algo en esto contrario á ningun precepto de la LEY? El 860 es completamente ageno á la cuestion de que se trata.

¿Qué el Espiritismo considera el homicidio y el suicidio como cosas de poca importancia! Hé aquí lo que sobre ambos dice el *Libro de los Espíritus*: «P. ¿El homicidio es un *crimen* ante Dios?—R. Sí, un gran crimen (746). P. ¿El hombre tiene derecho á disponer de su vida?—R. Nō, sólo Dios tiene ese derecho. El suicidio voluntario es una trasgresion de la ley (994.)» Por lo demás, nosotros no alcanzamos á distinguir la trabazon lógica, que existe entre la pluralidad de existencias y aquellos dos grandes delitos.

En apoyo de que el Espiritismo excusa el aborto, el Sr. Lléo cita los números 344 y 358. El primero es ageno á la cuestion y el segundo dice así: «P. ¿El aborto facticio es un crimen, cualquiera que sea la época de la concepcion?—R. Existe crimen desde el momento que se falta á la ley de Dios.» De modo, que se afirma todo lo contrario de lo que asegura el Sr. Lléo.

Terminemos este trabajo, harto monótono, sin duda alguna; pero necesario en concepto nuestro. De él resulta que de las citas del Sr. Lléo contra nuestra doctrina unas son falsas, y otras dicen todo lo contrario de lo que aquel señor atribuye al Espiritismo. Una súplica á nuestros lectores: deseamos que no fien en nuestra palabra, y que por sí mismos comprueben lo que en este artículo dejamos dicho. Respecto de nuestro impugnador diremos, que preferimos atribuir su conducta á ignorancia de la doctrina que combate, que á mala fé de su parte. Los ministros del Dios todo justicia han de ser rectos siempre, y el Sr. Lléo es ministro de semejante Dios!

LOS DESERTORES.⁽¹⁾

(OBRAS PÓSTUMAS.)

Si todas las grandes ideas han tenido sus apóstoles fervientes y denodados, tambien las mejores han tenido sus desertores. El Espiritismo no podia librarse de las consecuencias de la humana flaqueza; ha tenido los suyos, y no serán inútiles algunas consideraciones sobre el particular.

Muchos se equivocaron, al principio, acerca de la naturaleza y objeto del Espiritismo, y no entrevieron su trascendencia. Desde luego excitó la curiosidad, y muchos no distinguieron en las manifestaciones mas que un asunto de distraccion. Se divirtieron con los Espíritus, tanto como estos quisieron divertirlos. Las manifestaciones eran un pasatiempo, y con frecuencia un accesorio de tertulia.

Este modo de presentar, al principio, la cosa, era una táctica diestra de los Espíritus. Bajo la forma de diversion, la idea penetró en todas partes y plantó gérmenes sin sublevar las conciencias timoratas. Jugóse con el niño, pero el niño debia hacerse hombre.

Cuando á los Espíritus bromistas sucedieron los graves y moralizadores; cuando el Espiritismo se elevó á ciencia, á filosoffia, las gentes superficiales no lo encontraron recreativo, y para los que, ante todo, aprecian la vida material, era un censor importuno y molesto, que más de uno arrinconó. No hay que echar á ménos semejantes desertores, puesto que las personas frívolas son en todo pobres auxiliares. Esta primera fase está, sin embargo, muy lejos de ser tiempo perdido. A favor de semejante disfraz, la idea se ha popularizado cien veces mas que si hubiese revestido, desde su origen, una forma severa. Pero de esos centros ligeros é indolentes salieron pensadores graves.

Estos fenómenos, puestos en moda por el atractivo de la curiosidad, convertidos en

(1) *Revue spirite.*

una especie de manía, excitaron la codicia de ciertas gentes atraídas por la novedad, y por la esperanza de hallar en ellos una nueva puerta abierta. Las manifestaciones parecían un asunto maravilloso, susceptible de explotación, y más de uno pensó hacer de ellas un auxiliar de su industria, y otros las consideraron como una variante del arte de la adivinación, un medio quizás más seguro que la cartomancia, la quiromancia, etc., etc., para conocer el porvenir y descubrir las cosas ocultas, pues, según la opinión de aquella época, los Espíritus debían saberlo todo,

Desde el momento en que tales gentes vieron que la especulación resbalaba entre sus manos y se convertía en misticación, que los Espíritus no venían a ayudarles a hacer fortuna, a darles buenos números para la lotería, a decirles la verdadera buenaventura, a descubrirles tesoros o proporcionarles herencias, a sugerirles algún buen invento fructífero y de privilegio exclusivo, a suplir su ignorancia y a dispensarles del trabajo intelectual y material, los Espíritus no fueron buenos para nada, y sus manifestaciones no eran más que ilusiones. Tanto como ensalzaron el Espiritismo, mientras acariciaron la esperanza de sacar de él algún provecho, tanto le denigraron cuando tuvieron el desengaño. Mas de un crítico que le zurra, lo levantaría hasta las nubes, si le hubiese hecho descubrir un tío americano, o ganar a la Bolsa. Esta es la categoría más numerosa de los desertores; pero se echa de ver que seriamente no puede calificárselas de espiritistas.

También ha tenido su utilidad esta fase, pues demostrando lo que no debía esperarse del concurso de los Espíritus, ha hecho conocer el objeto serio del Espiritismo, ha depurado la doctrina. Los Espíritus saben que las lecciones de la experiencia son las más provechosas. Si, desde un principio, hubiesen dicho: No pidáis tal o cual cosa, porque no la obtendréis, acaso no se les hubiera creído, y por esta razón no limitaron la libertad de nadie, a fin de que la verdad resultase de la observación. Los desengaños desanimaron

á los explotadores y contribuyeron á disminuir su número, privando al Espiritismo no de adeptos sinceros, sino de parásitos.

Ciertas gentes más perspicaces que otras, entrevieron al hombre en el niño que acababa de nacer, y le tuvieron miedo, como Herodes tuvo miedo al niño Jesús. No atreviéndose á atacar de frente al Espiritismo, han tenido agentes que lo abrazaron para ahogarlo, que visten el disfraz de espiritistas para introducirse en todas partes, atizar diestramente la desavenencia en los grupos, derramar en ellos y por bajo mano el veneno de la calumnia, dejar caer chispas de discordia, impeler á actos que comprometan, intentar el desvío de la doctrina para ponerla en ridículo ó hacerla odiosa, y simular enseguida desengaños. Otros son más hábiles aún: predicando la unión, siembran la división; ponen sobre el tapete diestramente cuestiones irritantes y mortificadoras, excitan los celos de preponderancia entre los diferentes grupos, y su delicia sería verlos apedrearse y levantar bandera contra bandera con motivo de ciertas divergencias de opiniones sobre determinadas cuestiones de forma ó fondo, provocadas las mas de las veces. Todas las doctrinas han tenido sus Judas; el Espiritismo no podía dejar de tenerlos, y no le han faltado.

Estos tales son espiritistas de contrabando; pero han tenido también su utilidad. Han enseñado á que, como buenos espiritistas, sea-mos prudentes, circunspectos, y á que no nos fiemos de las apariencias.

En principio, es preciso desconfiar de los arrebatos calenturientos que son casi siempre fuegos fatuos ó simulacros, entusiasmo de circunstancia que suple los actos con la abundancia de palabras. La verdadera convicción es apasible, reflexiva, motivada; como el verdadero valor, se revela por hechos, es decir, por la firmeza, la perseverancia y sobre todo, por la abnegación. El desinterés moral y material es la verdadera piedra de toque de la sinceridad.

La sinceridad tiene un sello *sui generis*; se refleja por matices más fáciles á veces de

comprender que de definir; se la siente por ese efecto de la trasmisión del pensamiento, cuya ley nos revela el Espiritismo, y que la falsedad no consigue nunca simular completamente, dado que no puede cambiar la naturaleza de las corrientes fluidicas que proyecta. Crée equivocadamente que puede suplirla con una baja y servil adulacion que sólo seduce á las almas orgullosas, pero esta misma adulacion se deja conocer de las almas elevadas.

Nunca el hielo podrá simular el calor.

Si pasamos á la categoría de los espiritistas propiamente dichos, también echaremos de ver ciertas flaquezas humanas, de las que no triunfa inmediatamente la doctrina. Las mas difíciles de vencer son el egoísmo y el orgullo, pasiones originales del hombre. Entre los adeptos convencidos, no hay desercion en la acepcion de la palabra, porque el que desertase por motivo de interés ó otro cualquiera, no habria sido nunca sinceramente espiritista; pero hay desalientos. El valor y la perseverancia pueden flaquer ante un desengaño, una ambicion fracasada, una preeminencia inalcanzada, un amor propio lastimado, ó una prueba difícil. Se retrocede ante el sacrificio del bienestar, el temor de comprometer sus intereses materiales y el reparo del que dirán; se siente desazon por una mistificacion, no se renuncia; pero se desanima; se vive para sí y no para los otros; se quiere sacar beneficio de la creencia, pero siempre que no cueste nada. Ciertamente que los que así proceden pueden ser creyentes; pero, á no dudarlo, son creyentes egoistas, en quienes la fe no ha encendido el fuego sagrado del desinterés y de la abnegacion; su alma se desprende con trabajo de la materia. Forman número nominal, pero no puede contarse con ellos.

Muy distintos son los espiritistas que verdaderamente merecen tal nombre. Aceptan para sí todas las consecuencias de la doctrina, y se les reconoce por los esfuerzos que hacen para mejorarse. Sin descuidar inconsideradamente los intereses materiales, son éstos para ellos lo accesorio y no lo principal;

la vida terrestre es sólo una travesía más ó menos penosa; de su empleo útil ó inútil depende el porvenir; sus alegrías son mezquinas comparadas con el objeto espléndido que entrevén mas allá; no se desazonan por los obstáculos que encuentran en el camino; las vicisitudes, los desengaños, son pruebas ante las cuales no se desalientan, puesto que el descanso es el premio del trabajo, y por estas razones no se vén entre ellos deserciones ni desalientos.

Los Espíritus buenos protegen visiblemente á los que luchan con valor y perseverancia y cuyo desinterés es sincero y sin miras ulteriores; les ayudan á triunfar de los obstáculos y aligeran las pruebas que no pueden evitarles, al paso que abandonan no menos visiblemente á los que les abandonan y sacrifican la causa de la verdad á su ambición personal.

¿Debemos colocar entre los desertores del Espiritismo á los que se alejan, porque no les satisface nuestra manera de ver las cosas; á los que, encontrando muy lento ó muy rápido nuestro método, pretenden alcanzar más pronto y con mejores condiciones el objeto que nos proponemos? Ciertamente que nosotros, si son sus guías la sinceridad y el deseo de propagar la verdad.—Ciertamente que sí, si sus esfuerzos tienden únicamente ha hacerse notables y á captarse la atención pública para satisfacer su amor propio y su interés personal!...

Teneis distinto modo de ver que nosotros, no simpatizais con los principios que admitimos! Nada prueba que andeis mas acertados que nosotros. En materia de ciencia puede diferirse de opinión; buscad á vuestro modo como buscamos nosotros; el porvenir pondrá en claro quien tiene razón y quien está equivocado. No pretendemos ser los únicos en poseer las condiciones sin las cuales no pueden hacerse estudios serios y útiles; lo que hemos hecho nosotros ciertamente pueden hacerlo otros. Que importa que los hombres inteligentes se reunan con nosotros ó sin nosotros! Que se multiplican los centros de estudios, tanto mejor; porque ésta es una señal

de progreso incontestable, que aplaudimos con todas nuestras fuerzas.

En cuanto á las rivalidades, á las tentativas para suplantarnos tenemos un recurso infalible para no temerlas. Trabajemos por comprender, por ensanchar nuestra inteligencia y nuestro corazon, luchemos con los otros, pero luchemos por superarnos en caridad y abnegacion. Sea nuestra única divisa el amor al prójimo inscrito en nuestra bandera, y nuestro objeto único la inquisicion de la verdad, venga de donde viniere. Con tales sentimientos arrostraríremos las burlas de nuestros adversarios y las tentativas de nuestros competidores. Si nos equivocamos, no tendremos el nécio amor propio de aferrarnos á ideas falsas; pero hay principios respecto de los cuales se tiene certeza de no engañarse nunca, tales son: el amor del bien, la abnegacion, la abjuración de todo sentimiento de envidia y de celos. Estos principios son los nuestros; en ellos vemos el lazo que ha de unir á todos los hombres de bien, cualquiera que sea la divergencia de sus opiniones; el egoísmo y la mala fé son los únicos que entre ellos levantan barreras insuperables.

Pero ¿cuál será la consecuencia de este estado de cosas? Sin duda alguna las maquinaciones de los falsos hermanos podrán producir momentáneamente algunas perturbaciones parciales. Por esto es preciso hacer toda clase de esfuerzos para burlarlos tanto como sea posible; pero necesariamente no tendrán mas que una época de existencia y no podrán ser perjudiciales en el porvenir. Ante todo, porque son una maniobra de oposición que caerá por la fuerza de las cosas, y por otra parte, por mas que se diga y haga, no podrá quitarse á la doctrina su carácter distintivo; su filosofía racional es lógica, su moral consoladora y regeneradora. Las bases del Espiritismo están hoy echadas de un modo inquebrantable; los libros escritos sin reticencias y puestos al alcance de todas las inteligencias, serán siempre la expresión clara y exacta de la enseñanza de los Espíritus, y la trasmisirán intacta á los que vengan en pos de nosotros.

No se ha de perder de vista que estamos en un momento de transición, y que ninguna transición se opera sin conflicto.

No hay, pues, que admirarse de ver cómo se agitan ciertas pasiones, tales como las ambiciones comprometidas, los intereses lastimados, las pretensiones frustradas; pero todo esto se extingue poco á poco, la fiebre se calma, los hombres pasan y las nuevas ideas subsisten. Espiritistas, si quereis ser invencibles, sed benévolos y caritativos; el bien es una coraza contra la cual se estrellarán siempre las maquinaciones de la malevolencia!...

Vivamos, pues, sin temor: el porvenir es nuestro; dejemos que nuestros enemigos se retuerzan comprimidos por la verdad que les ofusca; toda oposición es impotente contra la evidencia, que triunfa inevitablemente por la fuerza misma de las cosas. La vulgarización universal del Espiritismo es cuestión de tiempo, y en este siglo el tiempo avanza á paso de gigante á impulso del progreso.

ALLAN KARDEC.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

VII.

París 25 de julio de 1863.

Querida Clotilde:

«La desigualdad de posiciones, dice Pezzani, así como la diferencia ó designialdad de inteligencias y de inclinaciones morales, no puede explicarse cuando no se admite el dogma antiguo de la preexistencia. Si no traejan al nacer mas que el pecado original, iguales todos en esto, los hombres no deberían sufrir posiciones desiguales en la sociedad. Por qué el mayor número tiene que pasar por las pruebas mas crueles, por las penas mas horrorosas? Hay que decir ó que Dios es injusto, ó que los hombres han merecido las posiciones en que han sido colocados. Con nuestro sistema, todo se eslabona,

todo se comprende; sin él, todo en la tierra es azar, fatalidad, desorden y caos.

«La hipótesis de la preexistencia tiene muchas ventajas. Sin ella, el orden terrestre no se armoniza con el orden de los otros mundos inferiores y superiores.

«Los bienes, los males, las posiciones, la fortuna, todo depende del azar. Suponed la preexistencia, y todo se explica y se comprende; la vida actual es una consecuencia de la existencia anterior; cada cual, durante el tiempo de prueba y expiación, es tratado según sus merecimientos.

«Unicamente la preexistencia explica bien la designidad de inteligencias y de inclinaciones morales. Esta desigualdad, pues, confirmada diariamente por la experiencia, no puede ser formalmente negada, ni aún por los adversarios de la ciencia frenológica. ¿Qué filósofo admitiría hoy la opinión de Helvecio?

«Notemos que este dogma ha sido siempre, antes de la era cristiana, la forma que tomó la creencia del pecado original. Philolaüs el Pitagórico, según refiere Clemente de Alejandría, enseñaba que el alma en expiación de algunas faltas, está encerrada dentro del cuerpo como en un sepulcro; y San Clemente añade que esta opinión no era peculiar de Philolaüs, puesto que los teólogos y los profetas más antiguos atestiguaban lo mismo. Platón y Timeo de Locres creyeron también que nuestras almas están en expiación en la tierra por crímenes cometidos en otra vida.

«Esta era también la doctrina de los Orfícos. Así es, que, cuando los doctores del cristianismo citaron tradiciones anteriores para manifestar la universalidad del dogma del pecado original, tuvieron necesariamente que encontrarse con la hipótesis de la preexistencia. Los antiguos más cercanos a las tradiciones primitivas, nunca dijeron que el pecado del primer hombre recaía sobre todos sus descendientes; al contrario, enseñaron unánimemente, que cada hombre, al nacer, traía por pecados anteriores, la necesidad de los dolores anexos a la prueba terrestre. Hemos citado anteriormente la opinión de Bâllanche.

«Cada uno de nosotros es un ser palingénésico que ignora su transformación actual, y también sus transformaciones anteriores. La vida que tenemos en la tierra, esta vida contenida entre un nacimiento aparente y una muerte igualmente aparente, no es en realidad más que una porción de nuestra existencia, una manifestación del hombre en el tiempo.

«El dogma del pecado original tiene, pues, su lado verdadero y su lado falso. Es falso que suframos personalmente por el pecado de Adán; es verdad que venimos todos á la tierra como á un infierno, en expiación de nuestras faltas anteriores. Recordemos que, según el lenguaje simbólico de los misterios, este mundo es un verdadero infierno, y hemos demostrado en varios párrafos de nuestros escritos desde 1840, la inferioridad de nuestra mansión.

«Ratificamos cuanto hemos escrito respecto al dogma de la preexistencia del pecado original, en nuestros tratados filosóficos precedentes á estos fragmentos. (1)

«Nos falta dar á conocer, sobre este punto, la opinión de un filósofo que tiene mucha semejanza con la nuestra. Juan Reynaud, especialmente en sus artículos *San Pablo* y *Orígenes* de la *Encyclopedie nouvelle*, trató profundamente la cuestión. Vamos á presentar su resumen, empleando para ello cuanto podamos sus propias expresiones.

«El pecado del padre, exclama Pelagio, no pudo hacer culpables á los hijos: hé aquí lo verdadero, porque es la voz divina de la conciencia. Los hijos nacen, pues, inocentes; hé aquí el error. De que sean inocentes del pecado de su padre, no se deduce que los hijos lo sean del pecado que hayan podido cometer anteriormente á su aparición en la tierra. Por tanto, Juan Reynaud demuestra que, al nacer, el alma es ya visiblemente deformé. El hombre, pues, había vivido ya, y en esa vida precedente se había depravado. Decidir de otro modo sería atribuir á Dios la iniciativa de todas las malas propensiones que se manifiestan en el hombre, desde el

(1) *Nouveaux fragments philosophiques*.

momento en que pone su pie en la tierra. Y así se vé á primera vista, no sólo el porque nadie está exento de miserias en este mundo, si que tambien el porque estas miserias están repartidas con tanta diversidad.

«Aun cuando nosotros sufriésemos por la decadencia de nuestro primer padre, encontrándonos todos necesariamente en igual caso, los efectos y consecuencias serían iguales para todos, por manera que aun cuando la hipótesis de la caida primitiva, explicase las miserias en general, no bastaría, sin embargo, para podernos dar la razon de su distribucion. Pero si, al contrario, nuestra culpabilidad es personal, es naturalmente distinta para cada uno, y por consiguiente, las penas que le correspondan no pueden ménos de ser tambien diferentes. No porque seamos hijos de Adan, nos encontramos depravados y miserables como él; es porque, habiéndonos vuelto depravados como él y hecho merecedores por consiguiente de ser miserables como él, nos hemos hecho hijos tuyos. Empero, si, aun cuando seamos culpables al nacer, la justicia de Dios sólo nos dá por castigo vivir en la tierra, sea cual fuere nuestra culpabilidad al morir, no nos arrojaría al infierno; porque, siendo nuestra culpabilidad del mismo orden á la entrada y á la salida, no podemos sufrir por ella, en la segunda puerta, penas absolutamente diferentes de las que sufriríamos en la primera. Así es que la verdad de la preexistencia es un testimonio invencible contra la locura del infierno. Juan Reynaud insiste, como nosotros, sobre el estado perpétuamente relativo del pecado, que siempre puede ser redimido por el arrepentimiento.

«Estando ligado en todas direcciones al del universo, el problema que, cuando se quería comprenderlo sin elevarse á una contemplación mas alta que la de este rincon de mundo, no tenía solución sino por la injusticia de una parte, y por la fatalidad, de la otra, se explica, y en toda su extensión á la vez, de un modo conforme á la libertad del hombre y á la justicia de Dios. Es fácil ver, en efecto, que debiendo ser considerada la tierra de tal

modo respecto del resto de la creacion, que el conjunto no forme mas que un todo, si se quiere considerarla aisladamente, se debe encontrar necesariamente la imposibilidad de descubrir sus leyes. Así es que se vé que todo está subvertido y trastornado, por la faldedad de este punto de mira: lo que es orden, se vuelve desorden; lo que es justo, injusto; lo que es libertad, fatalidad, y en su turbacion las inteligencias, remontándose desde el género humano, convencido de iniquidad, hasta la providencia sentenciada tambien en apariencia por aquel cargo, todo se encuentra conmovido, como decia hace un momento: las leyes y la religion. Pero, al contrario, respetando las relaciones de la tierra con el universo, todo entra en calma al mismo tiempo que se regulariza. En cualquiera posición de nacimiento que se vea colocado, enfermo, deformé, pobre, esclavo, abandonado, desprovisto de facultades brillantes, dominado por todos los vicios y malas propensiones, el hombre comprende desde luego que no es víctima de un infortunio inmerecido, y cesa de injuriar á Dios y á sí mismo, exasperándose contra su destino. La vista de posiciones mejores, léjos de fomentar en su corazón los celos y el odio, dá pábulo á la emulación y á la esperanza...»

«El dogma de las vidas sucesivas, no menos antiguo y no ménos venerable que el dogma de la preexistencia, ha causado, sin embargo, una repulsión general, por haber sido casi constantemente unido á los errores de la metempsicosis.»

Desembarazado y libre de los errores de un concepto incierto, el principio de la reencarnación queda en pie sobre las ruinas de todas las metempsicosis, desde Pitágoras á Pedro Leroux, desde Rig-Veda á las Triadas Bárlicas. Importa poco que desde los antiguos tiempos hasta los modernos, este principio no haya sido visto sino confusamente, con tal que haya sido vislumbrado. Esta idea, pues, de la preexistencia y de la reencarnación ha trasmigrado sin interrupción, se ha perpetuado, de edades en edades, al través y contacto de todas las demás

tradiciones, se ha infiltrado en la sangre de las razas y ha sobrevivido á la caida de las religiones, de los imperios y de las naciones; y es porque tenia en sí misma una vitalidad real y efectiva. Lenta y gradualmente esta idea se ha dilucidado y se ha desembrazado de las nieblas que la oscurecian, para llegar á ser hoy una casi certidumbre.

La ley de crecimiento y de transformacion á la que todo obedece en la tierra, y que es la ley inmutable de progreso, se aplica á las doctrinas y á los hombres.

«Segun Lessing, el género humano es un sér colectivo, al cual Dios educa. Esta idea es una verdad, dice Pezzani (1); la revelacion, para ser comprendida, ha debido estar conforme con los progresos de la humanidad. ¿Acaso se le enseña á un niño las altas ciencias fisicas y matemáticas, ó bien se principia por las ciencias de mas sencilla observacion? Decid al niño: sé bueno para evitar el infierno y merecer el cielo, y no os comprenderá. Decidle que si es bueno y aplicado, tendrá juguetes y golosinas, comprenderá y obedecerá. Se puede hablar de la inmortalidad del alma al adulto; pero no se debe discurrir mucho tiempo con él sobre esta idea. En la adolescencia no se prevé bastante la muerte para pensar en ella, ni que cause miedo. Es al hombre de edad madura á quien las ruinas de lo pasado rodean ya y espantan, al que conviene desarrollar este dogma, insistiendo sobre sus modos y sus condiciones. Pues lo que es verdad para un hombre es tambien verdad para el género humano. El individuo es el representante de la humanidad. Si el hombre está educado, *elevado*, por la sociedad, la sociedad está educada, *elevada*, por Dios. La palabra elevar tiene un significado profundo. La educación consiste precisamente en la elevacion á una iniciacion siempre superior.»

Hay, pues, que deducir de estos prolegómenos, que nadie puede jactarse de conocer la verdad absoluta. Insensato el Pontifíce, insensato el filósofo que tuviesen la pretension de hoy en adelante de conocer y ense-

ñar toda la verdad. La verdad es una y múltiple á la vez; no se desenvuelve y despeja, mas que poco á poco, y necesita el concurso de muchas generaciones para manifestarse bajo una nueva faz, y dar mas que hasta entonces habia dado. Imperfectos son los hombres; esto se ha demostrado; no tenemos, pues, sino una verdad imperfecta, es decir, relativamente á nuestro estado moral, espiritual y científico; pero somos esencialmente perfectibles, y por esto, cuando hemos alcanzado un grado superior, nos es dado percibir mejor que ántes la verdad. Es esta, me parece, una razon bastante para obligarnos á trabajar sin descanso en nuestro perfeccionamiento.

Esta presciencia de la Reencarnación, que hallamos en todos los periodos de la vida humana, en los Indios, los Egipcios, los Griegos, los Galos, los Romanos, y posteriormente en los pueblos del nuevo mundo, tiene ciertamente su razon de ser. Ciertas ideas, aun cuando estén todavía en la categoria de hipótesis y teoría, no dejan, sin embargo, para nosotros de ser demostradas; la aeronáutica, el alumbrado eléctrico, aun cuando estén todavía irresueltos, se resolverán indiscutiblemente algun dia: son teoremas latentes á quienes falta un Newton. Su aplicación definitiva, aunque provisionalmente diferida, no podría ser negada sino por los intransigentes. Antes del descubrimiento de América, Cristóbal Colón estaba convencido de su existencia, y á pesar de las denegaciones de los sabios de su época, y los asertos de una ciencia imperfecta, afirmaba altamente la existencia de un país que nadie había visto ni conocido, y que la tradicion histórica jamás había mencionado; y él solo, tuvo razon contra todos. Pues bien, prima mia, esta presciencia de la preexistencia y de la reencarnacion, aun cuando se hallen hasta hoy muy poco probadas, me parecen una prueba invencible de la existencia de esta doble condicion del estado efectivo de las almas; empero, hoy que podemos hacer constar, palpar, por decirlo así, la existencia, la realidad de esas dos grandes leyes humanas, pode-

(1) *Nouveau système philosophique*.

mos, por fin, tributar un justo homenage á los grandes ingénios que los presintieron.

«No es mas extraordinario nacer dos veces, en lugar de una; todo es resurrección en el mundo,» dice Voltaire en *La Pryncessse de Babylone*.

Concluyamos diciendo, que una doctrina que cuenta entre sus precursores á Zoroastro, Pitágoras, Platón, Aristóteles, Sócrates, Plotín, Porfirio, Empédocles, Boudha, Cicerón, Plutarco, Cristo, Apollonio de Tyane, Orígenes, San Juan Evangelista, Papípías, Jamblico, Philostrato, El Bardo Taliesin, Merlin, Jacobo Boehm, Swedemborg, San Martín, Pasqualis; y entre los modernos: á Voltaire, San Simón, Carlos Fourrier, Fichte, Lessing, Federico Schlégel, Ballanche, Juan Reynaud, Delormel, doctor Plisson, Andrés Pezzani, Pedro Leroux, Enrique Martín, Alfredo Dumesnil, Luis Jourdan, Delfina de Girardin, Alfonso Esquirós, Carlos Bonet, Ilmo. Sr. de Montal, Máximo Du Camp, Víctor Hugo, Vacquerie, Victoriano Sardou, Camilo Flammarion, Adolfo Pistel de Brotona, el presidente Jaubert, y tantos otros, puede arrostrar toda controversia. Las medias tintas en que pueden tener divergencia estos pensadores me importan poco: todos están acordes sobre el principio: hé aquí lo esencial. Que Pedro Leroux pretenda que nos reencarnamos indefinidamente asidos al mismo globo planetario, y que Pezzani sostenga en contrario, que no nos reencarnamos en él mas que para alcanzar un *Summum* de perfección dado: no me preocupo en manera alguna de esta disidencia sobre un hecho aceptado por uno y otro; hago constar el hecho, y nada más. Por tanto, cuando el Cristóbal Colón de esta grandiosa idea, Allan Kardec me invita á seguirle para conquistar ese nuevo mundo del cual tengo también la prescindencia en mí, no titubeo ya, seguro de arribar al sólido continente de la próxima esfera.

«Dios hizo á todas las almas libres, dice también Pezzani (1), para que pudieren ele-

gir y merecer, quiso que se elevasen poco á poco hasta él, sufriendo pruebas sucesivas. Esas pruebas se sufren de mundo en mundo y no están limitadas á la tierra. Los otros globos están habitados por seres que han tenido vida bajo el sol y no han obtenido de pronto la mansión celeste; muy pocos entre todos los hombres merecen, al dejar la tierra, la divina palma de los bienaventurados, esa felicidad sólo pertenece á aquellos llamados, según el lenguaje humano, santos ó mártires; no porque hayan sido canonizados, pero sí porque merecieron verdaderamente la palma. Estrechamente encarcelada al principio, el alma dentro de los lazos materiales, toma elevándose una forma más pura y más etérea á cada transformación nueva. Los diversos mundos destinados á su vez á la habitación de las almas, son como los peldaños á veces numerosos de una escalera que tiene por base el lugar de la creación y por cúspide el infinito!

«En la naturaleza nada muere, todo se transforma, el Fénix que renace de sus cenizas es el mito universal de la creación.»

Médite V. estas páginas, querida prima, y digame si encuentra de otro modo una explicación más lógica de nuestra posición y de nuestro tránsito en la tierra.

Soy de V. afectísimo,

N. N.

Empleo oficial del magnetismo animal.

Escriben de Stocolmo, fecha 10 de setiembre de 1858, al *Journal des Debats*, lo siguiente:

«Desgraciadamente nada satisfactorio puedo anunciaros respecto á la enfermedad que padece, hace cerca dos años, nuestro soberano. Todos los tratamientos y remedios que las personas del arte han prescrito en este intervalo, no han producido ningún alivio á los sufrimientos que molestan al rey Oscar. Segun el consejo de sus médicos, M. Klen-genstiern, que goza de bastante reputación

(1) *Rêve d'Antonio.*

como magnetizador, ha sido llamado últimamente al castillo de Drottningholm, donde reside la familia real, para imponer al augeo enfermo un tratamiento periódico de magnetismo. Aun se crée aquí que, por una coincidencia bastante singular, el asiento de la enfermedad del rey Oscar se encuentra precisamente establecido en el sitio de la cabeza ocupado por el cerebelo, como por desgracia parece hoy suceder lo mismo al rey Federico Guillermo IV de Prusia.»

Observacion.—Preguntamos si, hace sólo 25 años, se hubiesen atrevido los médicos proponer públicamente un medio semejante á un simple particular, y con mayor razon á una testa coronada? En aquella época, todas las facultades científicas y todos los periódicos no tenian bastantes sarcasmos para denigrar al magnetismo y sus partidarios. ¡Cuánto han cambiado las cosas en tan corto espacio de tiempo! No sólo no se rie ya del magnetismo, si que hélo aquí oficialmente reconocido como agente terapéutico. ¡Qué lección para aquellos que se rien de las nuevas ideas! ¡Se les hará comprender en fin, cuán imprudente es negar lo que no se comprende? Tenemos una multitud de libros escritos contra el magnetismo por hombres que se han puesto en evidencia; pero estos libros quedarán como una mancha indeleble sobre su alta inteligencia.

¡No hubieran hecho mejor que se hubiesen callado, y esperar! Entonces, como hoy para el Espiritismo, se les oponía la opinión de los hombres mas eminentes, ilustrados y concienzudos: nada hizo cejar su escepticismo. A sus ojos, el magnetismo sólo era un juego indigno de hombres serios. ¡Qué acción podía tener—para ellos—un agente oculto, movido por el pensamiento y la voluntad, del cual no se podía hacer el análisis químico? A presurémonos á decir que los médicos suecos no son los únicos que hayan abandonado esas ideas estrechas, y que por do quiera, así en Francia como en otros países, ha cambiado completamente la opinión sobre el particular; y esto es tan cierto que, cuando ocurre un fenómeno inexplicado, se

dice: *es un efecto magnético*. Se encuentra pues en el magnetismo la razon de ser de una multitud de cosas que se atribuían á la imaginación, solución ésta tan cómoda para los que nada saben que decir.

¿Curará el magnetismo al rey Oscar? Esta es otra cuestión. Sin duda que con él se han obtenido curaciones prodigiosas e inesperadas, pero tiene sus límites como todo lo que está en la naturaleza; y además debe tenerse en cuenta la circunstancia de que en general sólo se recurre á él en artículo *in mortis*, y en este caso desesperado, cuando á menudo el mal ha hecho ya progresos irremediables, ó cuando ha sido agravado por medicamentos contrarios. Cuándo triunfa de tales obstáculos, es preciso que sea muy poderoso!

Si la acción del fluido magnético es hoy un punto generalmente admitido, no sucede lo propio respecto á las facultades sonambúlicas, que aún encuentran muchos incrédulos en el mundo oficial, sobre todo en lo que atañe á las cuestiones médicas. Con todo, es preciso convenir en que las preocupaciones sobre este punto, se han debilitado en parte, aún entre los hombres de ciencia; tenemos de ello la prueba en el gran número de médicos que forman parte de todas las sociedades magnéticas, ya en Francia, ya en el extranjero. Se han vulgarizado de tal modo los hechos, que han debido ceder á la evidencia y seguir la corriente, mal que les pese. Pronto sucederá con la lucidez intuitiva, lo que con el fluido magnético.

El Espiritismo está unido al magnetismo por lazos íntimos—estas dos ciencias son solidarias la una de la otra;—y sin embargo, ¿quién lo hubiera creído? encuentra adversarios encarnizados, aún entre ciertos magnetistas, quienes no encuentran ninguno entre los espirituistas. Los Espíritus han preconizado siempre el magnetismo, ya como medio curativo, ya como causa primera de una infinidad de cosas; éstos defienden su causa y vienen á prestarle apoyo contra sus enemigos. Los fenómenos espirituistas han abierto los ojos á muchas gentes, que al propio tiempo las han atraido al magnetismo. ¡No causa

extrañeza el ver magnetizadores que tan pronto olvidan lo que han debido sufrir de las preocupaciones, que niegan la existencia de sus defensores y que vuelven contra estos los dardos que á ellos se les lanzaba en otro tiempo? Esto no es noble, ni digno de hombres á quienes la naturaleza, descubriendoles uno de sus mas sublimes misterios, les quita mas que á otros, el derecho de pronunciar el famoso *nec plus ultra*. Todo prueba, en el rápido desarrollo del Espiritismo, que tambien él tendrá pronto el derecho de ciudadanía; entre tanto, aplaude con todas sus fuerzas el rango que el magnetismo acaba de conquistar, como una señal incontestable del progreso de las ideas.

El magnetismo y el sonambulismo enseñados por la Iglesia.

Acabamos de ver el magnetismo reconocido por la medicina, pero hé aquí otra adhesión que, bajo otro punto de vista, no deja de tener una importancia capital, porque es una prueba mas del decaimiento de las preocupaciones, y que otras ideas mas sanas hacen desaparecer á aquellas cada dia: es la de la Iglesia. Tenemos á la vista un pequeño libro, titulado: *Abrége, en forme de catéchisme, du Cours elementaire d' instruction chétienne; à l'USAGE DES CATECHISMES ET ÉCOLES CHÉTIENNES, par l'abbé Marotte, vicaire général de Mgr. l'évêque de Verdun, 1853* (1). Esta obra, escrita en preguntas y respuestas, contiene todos los principios de la doctrina cristiana sobre el dogma, la Historia Sagrada, los mandamientos de Dios, los sacramentos, etc. En uno de los capítulos sobre el primer mandamiento en que se trata de los pecados opuestos á la religión, y despues de haber hablado de la su-

persticion, de la magia y de los sortilegios, leemos lo que sigue:

«P. Qué es el magnetismo?

«R. Es una influencia reciproca que se opera algunas veces entre dos individuos, que existe armonia de relaciones entre ellos; ya por la voluntad ó la imaginacion, ya por la sensibilidad física, y cuyos principales fenómenos son: la somnolencia, el sueño, el sonambulismo, y un estado convulsivo.

«P. Cuáles son los efectos del magnetismo?

«R. El magnetismo ordinariamente produce, se dice, dos efectos principales: 1.^o Un estado de sonambulismo, en el cual el magnetizado, privado enteramente del uso de sus sentidos, vé, oye, habla y responde á todas las preguntas que se le dirigen; 2.^o una inteligencia y un saber que sólo tiene durante la crisis; conoce su estado, los remedios que convienen á sus enfermedades, lo que hacen ciertas personas estando lejos, etc.

«P. Es permitido en conciencia magnetizar y hacerse magnetizar?

«R. Si para la operación magnética se emplean medios, ó si por ella se obtienen efectos que suponen una intervención diabólica; es una obra supersticiosa y nunca puede permitirse; 2.^o sucede lo propio cuando las comunicaciones magnéticas ofenden á la modestia; 3.^o suponiendo que se tiene cuidado de separar de la práctica del magnetismo todo abuso, todo peligro para la fó y para las costumbres, y todo pacto con el demonio, es dudoso que sea permitido recurrir á él como un remedio natural y útil.»

Observación. — Sentimos mucho que el autor haya puesto este último correctivo, porque está en contradicción con lo que le precede. En efecto, ¿por qué no ha de ser permitido el uso de una cosa que se ha reconocido saludable, cuando uno separa de ella todos los inconvenientes que el autor señala bajo su punto de vista? Es verdad que no expresa una prohibición formal, sino una simple duda sobre el permiso. Por otra parte, ésto no se encuentra en un libro eruditó, dogmático, para uso solo de los teólogos, sino en un libro elemental, para uso de los catecismos, y

(1) *Compendio, en forma de catecismo, del curso elemental de instrucción cristiana; PARA USO DE LOS CATECISMOS Y ESCUELAS CRISTIANAS, por el abate Marotte, vicario general de S. E. el obispo de Verdun.*

por consiguiente destinado á la instrucción religiosa de las masas; luego no es pues una opinión personal, sino una verdad consagrada y reconocida de que el magnetismo existe, que produce el sonambulismo, que el sonámbulo goza de facultades especiales, que en el número de éstas facultades está la de ver sin el concurso de los ojos, y hasta á distancia; de oír sin el concurso de los oídos, de poseer conocimientos que no tiene en estado normal, de indicar remedios que le son saludables, etc. La cualidad del autor es aquí de gran peso. No es un hombre obscuro el que habla, no es un simple sacerdote que emite su opinión, sino un vicario general que enseña. Nuevo descubrimiento y nueva advertencia para los que juzgan con demasiada precipitación.

Conversaciones familiares de ultra-tumba.

Utilidad de ciertas evocaciones.

Las comunicaciones que se obtienen de los Espíritus muy superiores, ó de los que han animado grandes personajes de la antigüedad, son preciosas por la elevada enseñanza que encierran. Esos Espíritus han adquirido un grado de perfección que les permite abrazar una esfera de ideas más lata, penetrar los misterios que sobrepujan al alcance vulgar de la humanidad, y por consiguiente iniciarnos mejor que otros en ciertas cosas. No se sigue de esto que las comunicaciones de Espíritus de un orden menos elevado no tengan su utilidad, lejos de ello, el observador saca de ellas más de una instrucción. Para conocer las costumbres de un pueblo, se necesita estudiarlo en todos los grados de la escala. El que sólo lo hubiese visto bajo un aspecto, lo juzgaría mal. La historia de un pueblo no es la de sus reyes y notabilidades sociales; para juzgarle, es preciso verlo en su vida íntima, en sus hábitos particulares. Puesto que los Espíritus superiores son las

notabilidades del mundo espiritista, su misma elevación les coloca de tal modo sobre nosotros, que nos asusta la distancia que de ellos nos separa. Espíritus más plebeyos (permítasenos la expresión) nos hacen más palpables las circunstancias de su nueva existencia. En ellos el lazo de la vida corporal y la vida espiritual es más íntimo, la comprendemos mejor, porque nos atañe más de cerca. Sabiendo por ellos mismos lo que hacen, piensan y sienten los hombres de todas condiciones y de todos caracteres, así los hombres de bien como los viciosos, los grandes y los pequeños, los dichosos y los desgraciados del siglo, en una palabra, los hombres que han vivido entre nosotros, que hemos visto y conocido, de quienes conocemos la vida real, las virtudes y los vicios; comprendemos sus gores y sus sufrimientos, nos asociamos á ellos, y sacamos una enseñanza moral tanto más provechosa, cuánto más íntimas son las analogías entre ellos y nosotros. Nos ponemos con más facilidad en lugar de aquel que ha sido nuestro igual, que de aquel á quien vemos á través del prisma de la gloria celestial. Los Espíritus vulgares nos demuestran la aplicación práctica de las grandes y sublimes verdades, cuya teoría nos enseñan los Espíritus superiores. Por otra parte, nada es inútil en el estudio de una ciencia. Newton encontró la ley de las fuerzas del universo en el más simple fenómeno.

Estas comunicaciones tienen además otra ventaja, y es la de comprobar la identidad de los Espíritus de un modo más exacto. Cuando un Espíritu nos dice que ha sido Sócrates ó Platón, estamos obligados á creerle bajo su palabra, porque no lleva consigo un diploma de autenticidad; sólo podemos ver en sus discursos si desmiente ó no el origen que se da; le juzgamos elevado, y basta; que en realidad haya sido Sócrates ó Platón poco nos importa. Pero cuando el Espíritu de nuestros parientes, de nuestros amigos ó de aquellos que hemos conocido, se manifiesta á nosotros, se presentan mil circunstancias de detalles íntimos, en que la identidad no puede ponerse en duda; se adquiere hasta

cierto punto la prueba material. Creemos que nuestros lectores agradecerán que de vez en cuando les demos algunas de estas evocaciones íntimas: son la novela de las costumbres de la vida espiritista, excluida la ficción.

MADRE, AQUÍ ESTOY!

La Señora M... acababa de perder, hace algunos meses, á su hija única de 14 años de edad, objeto de toda su ternura, y muy digna de ser llorada por las cualidades que prometían hacer de ella una muger perfecta. Esta jóven sucumbió después de una larga y dolorosa enfermedad. Inconsolable la madre por esta pérdida, veía de día en día alterarse su salud, y sin cesar repetía que pronto iría á reunirse con su hija. Enterada de la posibilidad de comunicar con los séres de ultratumba, la Señora M... se resolvió á buscar, en una conversación con su hija, un alivio á sus pesares. Una amiga suya era médium, pero careciendo ambas de experiencia para semejantes evocaciones, me rogaron que asistiese á la sesión. Sólo éramos tres personas: la madre, el médium y yo. Hé aquí el resultado de esta primera sesión:

La madre.—En nombre de Dios Omnipotente, Espíritu de Julia, mi querida hija, te ruego que vengas, si Dios te lo permite.

Julia.—Madre, aquí estoy!

Madre.—¡Eres tú en efecto, hija mía, quien me respondes? Cómo puedo cerciorarme de ello?

Julia.—Lili. (Este era un nombre familiar que dieron á la jóven en su infancia, que yo no conocía ni el médium, pues sólo hacia algunos años que se le llamaba por su nombre de Julia. Con esta señal, la identidad era evidente; la madre, no pudiendo dominar su emoción, estalló en sollozos.)

Julia.—Madre! por qué te aflijes? Soy feliz, muy feliz; no sufro yá y te veo siempre.

Madre.—Pero no te veo. Dónde estás?

Julia.—Aquí, á tu lado, con la mano sobre la Señora... (el médium) para hacerla escribir lo que te digo. Mira mi letra. (La letra era, en efecto, la de su hija.)

Madre.—Dices, mi mano; ¿tienes, pues, un enemigo.

Julia.—No tengo ya aquel cuerpo que tanto me hacia sufrir; pero tengo su apariencia. ¡No estás contenta de que no sufra más, puesto que puedo conversar contigo?

Madre.—Si te viese, te reconocería?

Julia.—Sin duda, y me has visto ya á menudo en tus sueños.

Madre.—Te he visto, en efecto, en mis sueños; pero he creido que era un efecto de mi imaginación, un recuerdo.

Julia.—No: soy yo que siempre estoy contigo y que procuro consolarte; soy yo quien te ha inspirado la idea de evocarme. Tengo muchas cosas que decirte. Desconfía de N... no es sincero.

(Este caballero, conocido sólo de la madre, y nombrado así espontáneamente, era una nueva prueba de la identidad del Espíritu que se manifestaba.)

Madre.—Qué puede hacer contra mí ese caballero?

Julia.—No puedo decírtelo; me está prohibido. Sólo puedo advertirte que desconfies de él.

Madre.—Te hallas entre los ángeles?

Julia.—Oh! aún no; no soy bastante perfecta.

Madre.—Sin embargo, no te conocía ningún defecto; eres buena, afable, cariñosa y benévolas para todo el mundo; ¡no basta esto!

Julia.—Para tí, querida madre, no tenía ningún defecto; lo creía, puesto que tan á menudo me lo decías. Pero ahora veo lo que me falta para ser perfecta.

Madre.—Cómo adquirirás las cualidades que te faltan?

Julia.—En nuevas existencias que serán de más en más dichosas.

Madre.—Será en la tierra donde tendrás esas nuevas existencias?

Julia.—No lo sé.

Madre.—Puesto que ningún mal habías hecho durante la vida, ¿por qué sufrieste tanto?

Julia.—Pruebas! pruebas! Las he soportado con paciencia por mi confianza en Dios,

y ahora me encuentro feliz. Hasta luego, querida madre!

En presencia de semejantes hechos, ¿quién se atrevería á sostener la nada después de la tumba, cuando la vida futura se nos revela, por decirlo así, palpable? Esa madre minada por el pesar, experimenta hoy una dicha inefable en poder conversar con su hija; no existe ya separación entre ellas, sus almas se confunden y se desahogan en el seno la una de la otra, por el cambio de sus pensamientos.

No obstante el velo de que hemos rodeado esta relación, no nos hubiéramos permitido publicarla, si formalmente no se nos hubiese autorizado para ello. Ojalá todos aquellos que han perdido personas queridas en la tierra, nos dijeron la madre, puedan sentir los mismos consuelos que yo!

Sólo añadiremos una palabra para aquellos que niegan la existencia de los Espíritus buenos; les preguntaremos, ¿cómo podrían probar que el Espiritu de esa joven era malévolos?

UNA CONVERSION.

La siguiente evocación no ofrece menos interés, aunque bajo otro punto de vista.

Un cahallero, á quien designaremos con el nombre de Jorge, farmacéutico de una ciudad del mediodía, hacía poco había perdido á su padre, objeto de toda su ternura y de una profunda veneración. El Sr. Jorge, padre, á una vasta instrucción unía todas las cualidades que constituyen un hombre de bien, aunque profesaba opiniones muy materialistas. Su hijo participaba de la idea del padre y aún las sobrepujaba, pues de todo dudaba: de Dios, del alma y de la vida futura. El Espiritismo no podía hermanarse con tales ideas. La lectura del *Libro de los Espíritus*, produjo sin embargo, cierta reacción en él, corroborada por una conversación directa que con él tuvimos. «Si mi padre pudiera responderme, dijo, no dudaría ya.» Entonces se hizo la evocación que vamos á referir, la cual encierra más de una enseñanza.

—En nombre de Dios Omnipotente, os ruego, Espíritu de mi padre, que os manifestéis. ¿Estais junto á mí? «Sí.» —¿Por qué no os manifestáis á mí directamente, cuando

tanto nos hemos amado? «Más tarde.» —¿Nos volveremos á encontrar un día? «Sí, pronto.» —¿Nos amaremos como en esta vida? «Más.» —¿En qué centro estais? «Soy dichoso.» —¿Estais reencarnado ó errante? «Errante por poco tiempo.»

—¿Qué sensación habéis experimentado cuando dejasteis vuestra envoltura corporal? «Turbación.» —Cuánto tiempo ha durado? «Poco para mí, y mucho para tí.» —¿Podéis apreciarlo según nuestro modo de contar? «Diez años para tí; diez minutos para mí.» —Pero no hace tanto tiempo que os perdí, pues sólo van cuatro meses. «Si en tu estado actual, te hubieses puesto en mi lugar, te habría parecido así.»

—Creeis ahora en un Dios justo y bueno? «Sí.» —Creíais en él durante vuestra vida en la tierra? «Tenía la presciencia de él, pero no lo creía.» —Es Dios Omnipotente? «No me ha elevado hasta él para medir su poder; sólo él conoce los límites de su poder, porque él sólo es su signo.» —Se ocupa de los hombres? «Sí.» —Seremos castigados ó recompensados según nuestros actos? «Si obras mal por ello sufrirás.» —Seré recompensado, si obra bien? «Adelantardis en tu camino.» —¿Me encuentro en el buen camino? «Obra bien y te encontrarás en él.» —Creo ser bueno, pero lo sería más si pudiera encontraros un día como recompensa. «¡Qué este pensamiento te sostenga y te anime!» —Será bueno mi hijo como su abuelo? «Desarrolla sus virtudes y ahoga sus vicios.»

—Apéndice puedo creer que nos comunicamos en este momento; tan maravilloso me parece todo esto! «De dónde proviene tu duda?» —De que participando de vuestra idea filosófica, me siento inclinado á atribuirlo todo á la materia. «Vés de noche, lo que vés de día?» —Estoy pues en la noche, oh padre mío! «Sí.» —Qué veis de más maravilloso? «Explícate mejor.» —Habéis encontrado á mi madre, hermana y á la buena Ana? «Las he visto.» —Las veis cuando queréis? «Sí.»

Os es desagradable ó grato que con vos me comunique? «Es una dicha para mí, si puedo conducirte al bien.» —Cómo podría en

mi casa comunicarme con vos, yo que tan feliz me siento? esto serviría para conducirme mejor y me ayudaría en la educación de mis hijos. «Cada vez que sientas un impulso hacia el bien, estaré allí y seré yo quien te inspirará.»

—Me callo por miedo de importunáros. «Habla aún si lo deseas.»—Puesto que lo permitís, os haré aún alguna pregunta. De qué afición habeis muerto? «Había acabado mi prueba.»—En dónde habíais contraído el depósito pulmonar que se había producido? «Poco importa; el cuerpo es nada, el Espíritu lo es todo.»—Cuál es la naturaleza de la enfermedad que tan a menudo me despierta de noche? «Lo sabrás más tarde.»—Creo que mi afición es grave, y desearía vivir todavía para mis hijos. «No lo sé; el corazón del hombre es una máquina de vida; deja obrar a la naturaleza.»

Puesto que estais aquí presente, ¿bajo qué forma os hallais aquí? «Con la apariencia de forma corporal.»—Estais en un punto determinado? «Sí, detrás de Ermance» (el médium).—Podréis haceros visible? «Para qué? tendríais miedo.»

—Nos veis a todos los presentes? «Sí.»—Os habeis formado una opinión de cada uno de los que estamos aquí? «Sí.» Quisiérais deciros algo a cada uno? «En qué sentido me haces esta pregunta?»—Bajo el punto de vista moral. «En otra ocasión; basta por hoy.»

Grande fué el efecto que esta comunicación produjo en el ánimo del Sr. Jorge, pues parecía que una nueva luz iluminaba ya sus ideas; una sesión que tuvo el día siguiente en casa de la Sra. Roger, sonámbula, acabó de disipar las dudas que le quedaban. Hé aquí un extracto de la carta que nos escribió con este objeto.

«Esa señora entró espontáneamente conmigo en los más precisos detalles respecto de mi padre, madre, hijos, y de mi salud. Ha descrito con la mayor exactitud, las circunstancias de mi vida, recordando hasta hechos hace ya tiempo por mí olvidados; en fin, me dió pruebas tan patentes de la maravillosa facultad de que están dotados todos los so-

námbulos lúcidos, que se ha verificado en mí una completa reacción de ideas desde aquel momento. En la evocación, me había revelado su presencia; en la sesión de sonambulismo, era yo, por decirlo así, testigo ocular de la vida extra-corporal, de la vida del alma. Para describir con tanta minuciosidad y exactitud, y a doscientas leguas de distancia, lo que sólo yo conocía, era preciso verlo; luego no pudiendo ser con los ojos del cuerpo, existía pues un lazo misterioso e invisible, que unía la sonámbula a las personas y a las cosas ausentes que jamás había visto; luego había algo fuera de la materia; ¿qué podía ser ese algo sino lo que se llama alma, ser inteligente, de la que el cuerpo sólo es la envoltura, pero cuya acción se extiende más allá de nuestra esfera de actividad?»

El Sr. Jorge no sólo no es ya materialista, sino que es uno de los adeptos más fervorosos y celosos del Espiritismo, lo cual le hace doblemente feliz, por la confianza que le inspira ahora el porvenir, y por el placer motivado que encuentra en hacer el bien.

Esta evocación, muy sencilla a primera vista, no deja de ser muy notable bajo ciertos aspectos. El carácter del Sr. Jorge, padre, se refleja en las contestaciones breves y sentenciosas, según su costumbre; hablaba poco y no decía jamás una palabra inútil; pero no es ya el escéptico el que habla: reconoce su error; es un Espíritu más libre, más perspicaz, que pinta la unidad y el poder de Dios con estas admirables palabras: *El solo es su igual*; es aquel que, cuando vivía, lo reducía todo a la materia, y que ahora dice: *El cuerpo es nada, el Espíritu lo es todo*; y esta sublime frase: *Vés de noche, lo que vés de dia?* Para el observador atento, todo tiene una significación; así es que a cada paso encuentra la confirmación de las grandes verdades enseñadas por los Espíritus.

ALLAN KARDEC.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

MANIFESTACIONES FÍSICAS.

En el *Espiritualista de Nueva Orleans* del mes de Febrero de 1857, leemos lo siguiente:

«Ultimamente preguntamos si todos los Espíritus indistintamente hacían mover las mesas, producían ruidos, etc.; y de repente la mano de una señora, demasiado formal para jugar con esas cosas, trazó con violencia estas palabras:

—¡Quién hace bailar los monos en vuestras calles! ¡Son acaso hombres superiores!

«Un amigo, español, que era espiritualista, y que murió el verano pasado, nos ha dado varias comunicaciones y en una de ellas se encuentra el siguiente pasaje:

«Las manifestaciones que pretendéis, no son de aquellas que más gustan á los Espíritus formales y elevados. Sin embargo, confesamos que tienen su utilidad, porque quizás mas que otras, pueden servir para convencer á los hombres de hoy.

«Para obtener esas manifestaciones, es necesario que se desarrollen médiums cuya constitución física esté en armonía con los Espíritus que pueden producirlas. No cabe duda de que más tarde, los vereis desarrollarse entre vosotros, y entonces, no serán ya golpecitos lo que oireis, sino golpes parecidos al fuego graneado de la fusilería, mezclados con los del cañón.»

«En un punto aislado de la ciudad, se encuentra una casa habitada por una familia alemana, en la cual se oyen extraños ruidos, al propio tiempo que ciertos objetos cambian de lugar, así se nos ha asegurado, pues no lo hemos visto: pero creyendo que podría sernos útil el jefe de esa familia, solicitamos su asistencia á algunas de las sesiones que tienen por objeto ese género de manifestaciones, y mas tarde, la mujer de ese buen hombre, no quiso que continuara siendo de los nuestros, porque, nos dijo este último, se había aumentado el alboroto en su casa. A este propósito, hé aquí lo que nos fué comunicado por la mano de la señora...»

«No podemos impedir que los Espíritus

«imperfectos hagan ruido ó otras cosas que incomodan y aún asustan, pero el hecho de estar en relación con nosotros, que lleva buena intención, no puede menos de disminuir la influencia que aquéllos ejercen en el médium de que se trata.»

Haremos notar la perfecta concordancia que existe entre lo que han dicho los Espíritus en Nueva Orleans, tocante al origen de las manifestaciones espiritistas, y lo que nos han dicho á nosotros mismos. En efecto, nada podría pintar ese origen con más energía, que esta respuesta, á la vez ingeniosa y tan profunda. «¿Quién hace bailar los monos en vuestras calles? ¡Son acaso hombres superiores?»

Tendremos ocasión de relatar, según los periódicos de América, numerosos ejemplos de esa clase de manifestaciones, mucho más extraordinarias que las que acabamos de citar. Sin duda se nos responderá con este proverbio: «Bien miente quien de lejos viene.» Cuando cosas tan maravillosas nos vienen de 2,000 leguas y que no se han podido comprobar, se comprende la duda; pero esos fenómenos han pasado los mares con M. Home, quien nos ha dado algunas muestras de ellos. Es cierto que M. Home, no operó en un teatro sus prodigios, y que no ha podido verlos todo el mundo, mediante el precio de entrada; por esto muchos le califican de hábil prestidigitador, sin reflexionar que lo selecto de la sociedad que ha presenciado estos fenómenos, no se hubiera prestado voluntariamente á servirle de compadre. Si M. Home hubiese sido un charlatán, no hubiera rehusado las brillantes ofertas de muchos establecimientos públicos, en los cuales habría recogido oro á manos llenas. Su desinterés es la respuesta más perentoria que se puede hacer á sus detractores. Un charlatanismo desinteresado sería un absurdo y una monstruosidad. Hablaremos más tarde y con más pormenores de M. Home y de la misión que lo trajo á Francia. Entre tanto, hé aquí un hecho de manifestación espontánea, que nos ha relatado un distinguido matemático, digno de toda confianza, y que es más auténtico, por cuanto el mismo lo ha presenciado.

Una familia respetable tenia por niñera una jóven huérfana de 14 años, cuya buena voluntad y suave carácter le habian granjeado el afecto de sus amos. En el mismo piso habitaba otra familia cuya muger, sin saber por qué, habia tomado una aversion particular hacia esa jóven hasta el punto de hacerla blanco de toda clase de malos procedimientos. Un dia que regresaba á su casa, sale con furia la vecina, armada de una escoba, é intenta golpearla. Asustada, se precipita hacia la puerta y quiere llamar; desgraciadamente estaba cortado el cordon y no podia alcanzarlo, pero hé aquí que la campanilla se agita por sí misma y vienen á abrir. En su turbacion no podia explicarse lo que habia pasado; pero despues continuó sonando la campanilla de vez en cuando, sin causa conocida, lo mismo durante el dia que la noche, y cuando se asomaban á la puerta, á nadie se encontraba. Se acusó á los vecinos del piso en cuestion de hacer esas malas bromas; se llevó la querella ante el comisario de policia; se instruyó la correspondiente sumaria; se buscó si algun cordon secreto comunicaba con el de fuera, y nada se pudo encontrar; sin embargo, el fenómeno continuaba como siempre con gran detimento del reposo de todos, y especialmente de la niñera, á quien se acusaba de ser la causa de ese alboroto. Con arreglo al consejo que se les dió, los dueños de la niñera se decidieron á alejarla de su casa, y colocarla en casa de amigos en el campo. Desde entonces quedó quieta la campana, y nada parecido se producia en el nuevo domicilio de la huérfana.

Este hecho, como otros muchos que tendremos que referir, no tuvo lugar en las orillas del Misouri ó del Ohio, sino en París, «*Passage des Panoramas.*» Falta ahora explicarlo: Es positivo que la jóven no tocaba la campanilla; estaba demasiado amedrentada por lo que pasaba para pensar en una travesura de la que hubiera sido la primera víctima. Otra cosa no es ménos positiva, y es que la agitación de la campanilla era debida á su presencia, puesto que cesó el efecto cuando ella se marchó. El médico que fué tes-

tigo del hecho, lo explica por una poderosa accion magnética ejercida por la jóven sin saberlo. Esta razon no nos parece de ningun modo concluyente; pues ¿porqué habria perdido ese poder despues de su marcha? A esto contesta que el terror inspirado por la presencia de la vecina, debia producir en la jóven una sobreexcitacion natural para desarrollar la accion magnética, habiendo cesado el efecto con la causa. Confesamos que no nos convenció este razonamiento. Si la intervencion de un poder oculto no se halla aquí demostrado de un modo perentorio, al ménos es probable, segun los hechos análogos que conocemos. Admitiendo, pues, esta intervencion, diremos que atendidas las circunstancias en que el hecho se produjo por primera vez, es probable que un Espíritu protector quiso hacer escapar á la jóven del peligro que corría, y que, no obstante el afecto que sus amos la profesaban, le fué quizá ventajoso el que saliera de aquella casa; por esto continuó el ruido hasta tanto que se hubo marchado.

VISION SONAMBÚLICA.

Leemos en el *Courrier de Lyon*, lo siguiente: «En la noche del 27 al 28 de agosto de 1857, se ha producido un caso singular de *vision intuitiva* en la Croix-Rousse, en las circunstancias siguientes:

«Hace unos tres meses que los esposos B., honrados obreros tejedores, movidos por un sentimiento de laudable commiseracion, recogieron en su casa, en calidad de criada, una jóven algo idiota, que habitaba en las cercanías de Bourgoing.

«El domingo pasado, entre dos y tres de la mañana, los esposos B... fueron despertados con sobresalto, por los agudos gritos que daba la criada, que dormia en un sobradillo contiguo á su cuarto.

«La señora B... encendiendo su lámpara, subió al sobradillo y encontró á la criada que, deshaciéndose en lágrimas y en un estado de

exaltacion de Espíritu difícil de explicar, torciéndose los brazos en horrorosas convulsiones, llamaba á su madre que acababa de morir, segun ella, ante sus ojos.

Despues de haber consolado lo mejor que pudo á la jóven, la señora B... se volvió á su cuarto. Este incidente estaba casi olvidado, cuando ayer martes por la tarde, un cartero entregó á M. B... una carta del tutor de la jóven, haciendo saber á esta última que en la noche del domingo al lunes, entre dos y tres de la mañana, su madre había muerto, de resultas de una caida desde lo alto de una escalera.

«La pobre idiota partió ayer hácia Bourgoing, acompañada de M. B... su amo, para recoger la parte de sucesion que le correspondia en la herencia de su madre, de la que tan tristemente había visto en sueños el lamentable fin.»

Los hechos de esta naturaleza no son raros, y á menudo tendremos ocasion de referir algunos, cuya autenticidad no podrá ponernse en duda. Muchas veces se producen en sueños, y como los sueños no son otra cosa que un estado de sonambulismo natural incompleto, designaremos á las visiones que se verifican en este estado, con el nombre de *visiones sonambúlicas*, para distinguirlas de las que se producen en estado de vela y que llamaremos *visiones por doble vista*. Llamaremos, en fin, *visiones extáticas* á las que tienen lugar en estado de éxtasis; generalmente tienen por objeto la manifestacion de los seres y las cosas del mundo incorporeal. El hecho siguiente pertenece á la segunda categoria.

VISION DE DOBLE VISTA.

Un armador, conocido nuestro, que habita en París, nos contaba hace pocos dias lo siguiente: En el mes de abril último, hallándose algo indisposto, me fui á pasear por las Tullerías con mi consócio. Hacia un tiempo magnífico; el jardín estaba atestado de gente. De repente desapareció de mi vista la muchedumbre; insensible mi cuerpo me sen-

í como trasportado, y vi distintamente un buque que entraba en el puerto del Havre. Le reconocí por «*La Clemence*», que esperábamos de las Antillas, lo vi amarrar al muelle, distinguí claramente los mástiles, las velas, los marineros y los más minuciosos detalles, como si estuviera presente. Entonces dije á mi compañero: «Hé aquí «*La Clemence*» que llega; hoy mismo recibiremos la noticia; su travesía ha sido feliz.» Vuelto á casa, se me entregó un parte telegráfico. Antes de leerlo, dige: «Es el anuncio de la llegada de «*La Clemence*», que ha entrado en el Havre, á las tres.» Y en efecto, leo el parte, y este confirmaba la entrada en la misma hora en que yo lo había visto estando en las Tullerías.

Cuando las visiones tienen por objeto la manifestacion de los seres del mundo incorporeal, con alguna apariencia de razon se podría achacarlas á la imaginacion, y calificarlas de alucinaciones, porque nada puede demostrar su exactitud; pero en los dos hechos que acabamos de referir, es la realidad mas material y positiva que desearse pueda. Desafiamos á todos los fisiólogos y filósofos á que los expliquen por los sistemas ordinarios. Sólo la doctrina espiritista puede hacerlo por el fenómeno de la emancipacion del alma, que momentáneamente se desprende de su envoltura material, trasportándose fuera de la actividad corporal. En el primer hecho es probable que el alma de la madre haya venido á encontrar a su hija para advertirla de su muerte; pero en el segundo es cierto que no es el buque que ha venido á encontrar el armador en las Tullerías; es preciso, pues, que sea su alma la que haya ido á encontrarle en el Havre.

Nuestra *Revista* se prepara á entrar en el segundo año de su publicacion. Poco dados por reflexion á alimentar esperanzas, debemos, empero, confesar que los resultados obtenidos nos responden de los futuros. Nuestra suscripción crece diariamente y la existencia de la *Revista* se consolida. De ello

somos deudores, ante todo, á nuestros guías espirituales, que solícitos suplen con su experiencia nuestra ignorancia, y después á nuestros buenos hermanos los espiritistas que pagan con largueza nuestros esfuerzos. Nada hemos de suplicar á los primeros, de quienes todo lo esperamos, si en el cumplimiento del deber perseveramos. A los segundos les rogamos que nos presten su fructífera cooperación. Unan sus fuerzas á las nuestras, débiles por sí solas; sacrificuense algún tanto como lo hacemos nosotros, y dando de este modo mayor empuje á la propaganda espiritista, prestarán un señalado servicio á la humanidad.

Al igual de la *Revista*, la «Sociedad barcelonesa propagadora del Espiritismo» está satisfecha de los resultados que ha obtenido. En menos de ocho meses, y venciendo no

pocos obstáculos, ha publicado el importísimo libro de M. Allan-Kardec *El Evangelio según el Espiritismo*, y la notable obra de Stecki *El Espiritismo en la Biblia*. Durante el año próximo venidero, contando siempre con el auxilio de nuestros hermanos encarnados y desencarnados, creemos poder llevar á cabo igual número, cuando menos, de publicaciones, sin incluir la segunda edición del *Libro de los Espíritus*, *nuevamente traducido*, de cuya tirada nos ocupamos en la actualidad.

Aunque no hemos sido visitados por nuestro apreciable colega *El Alma*, órgano del «Círculo magnetológico-espiritista», establecido en Madrid, le saludamos fraternalmente, deseándole, al mismo tiempo, largos años de vida y toda clase de prosperidades.

ÍNDICE GENERAL DE LAS MATERIAS DEL PRIMER TOMO.

Año 1869.

Mayo.	Pág.	Julio.	Pág.
<i>Sección doctrinal:</i> A nuestros lectores.	1	<i>Misión de la mujer.</i>	45
— Biografía de Allan Kardec.	4	<i>Bibliografía.—La cuestión religiosa.</i>	46
<i>Disertaciones espiritistas.—La avaricia.</i>	8	— <i>Revue spirite de París.</i>	47
— La caridad.	9	— <i>Le Spiritisme à Lyon.</i>	47
— La caridad. Poesía.	11	— <i>El Criterio espiritista de Madrid.</i>	47
— Comunicación espontánea..	12	— <i>El Espiritismo de Sevilla.</i>	47
— La Iglesia.	13	— <i>La Salute de Bologna.</i>	48
<i>Episodio.</i>	14	<i>Advertencias.</i>	48
<i>El Magnetismo y el Espiritismo.</i>	15		
<i>Correspondencia.—A los espiritistas de todos los países.</i>	16		
Junio.		Julio.	
<i>Sección doctrinal: Réplicas anticipadas.</i>	17	<i>Sección doctrinal: El Espiritismo no es una religión..</i>	49
— El Espiritismo y la ciencia, discurso de Flammarion..	21	— El egoísmo y el orgullo. Sus causas, sus efectos y medios de destruirlos,	52
— De la emigración de las almas (art.º 1.º).	26	— Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, II.	55
— El camino de la vida.	32	<i>Disertaciones espiritistas.—Sed humildes y caritativas.</i>	59
— Carta de Benjamin Franklin	32	<i>El Espiritismo en todas partes.—Las mesas parlantes ó proféticas.</i>	60
— Cartas sobre el Espiritismo por un Cristiano, I.	33	<i>Variedades.—El invisible.</i>	62
<i>Disertaciones espiritistas.—Principales y más notables beneficios del Espiritismo.</i>	38	— El alma.	62
— El despertar del alma..	40	<i>Bibliografía.—Storia dello Spirito.</i>	63
— San Pablo, precursor del Espiritismo.	41	— <i>Los ministros en España.</i>	63
— Magnetismo. — Alma. — Efectos magnéticos.—Somnambulismo.	43	<i>Correspondencia.—A nuestros hermanos en creencia.</i>	63
		<i>A nuestros surcidores.</i>	64
		<i>Avisos.</i>	64

Agosto.

<i>Sección doctrinal:</i> El Espiritismo y el dogma	Pág. 65
— Teoría de la belleza	68
— Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, III	73
— El hombre antes de la historia. Antigüedad de la raza humana	80
— La emigración de las almas, (art. 2.º)	82
— La inmortalidad del alma	85
<i>Disertaciones espiritistas.</i> — La unión es la fuerza	88
— La regeneración (marcha del progreso)	88
— El sonambulismo prueba también la reencarnación	93
<i>Espirítimo retrospectivo.</i> — Evocaciones espiritistas de los primeros cristianos	89
— Un hecho histórico, explicado por el Espiritismo	90
<i>Variedades.</i> — Correspondencia	94
— El Libro de Job	95
— Un consejo	95
— Una comparación	96
<i>Correspondencia.</i>	96
<i>Aviso.</i>	96

Setiembre.

<i>Sección doctrinal:</i> El Evangelio según el Espiritismo	97
— Dios. — Su presencia en todas partes. — Su visión	99
— Breve contestación a los detractores del Espiritismo	102
— Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, IV	105
<i>Disertaciones espiritistas.</i> — Después de la tempestad, viene la calma	109
— La vida eterna	110
<i>Bibliografía.</i> — <i>Verdadero sentido de la doctrina de la Redención,</i> por Victor Considérant	111
<i>Avisos.</i>	112

Octubre.

<i>Sección doctrinal:</i> La última victoria	113
— Cuestiones y problemas	113
— Expiaciones colectivas	117
— Pluralidad de mundos habitados	122
— Júpiter y algunos otros mundos	124

Pág.

— Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, V	128
<i>Espirítimo teórico-experimental.</i> — Diferentes clases de manifestaciones	132
— Diferentes modos de comunicación	133
<i>El Espiritismo y algunos filósofos.</i>	134
<i>Anuncios.</i>	135

Noviembre.	Pág.
<i>Sección doctrinal:</i> El Espiritismo en los Estados Unidos	137
— La vida futura	140
— Descripción de Júpiter	144
— Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, VI	147
<i>Espirítimo teórico-experimental.</i> — Respuestas de los Espíritus sobre las manifestaciones	151
— Un nuevo descubrimiento fotográfico	152
— Consideraciones sobre la fotografía espontánea	154
— Fotografía de los Espíritus	156
<i>Disertaciones espiritistas.</i> — Comunicación colectiva	157
— La nueva resurrección	158
— El Espiritismo y algunos filósofos	159

Diciembre.	Pág.
<i>Sección doctrinal:</i> El Espiritismo y el Seminario conciliar valenciano	161
— Los desertores	166
— Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, VII	169
— Empleo oficial del magnetismo animal	173
— El magnetismo y el sonambulismo enseñados por la Iglesia	175
<i>Conversaciones familiares de ultratumba:</i> Utilidad de ciertas evocaciones	176
— Madre, aquí estoy!	177
— Una conversión	178
<i>Espirítimo teórico-experimental:</i> Manifestaciones físicas	180
— Visión sonambúlica	181
— Visión de doble vista	182
<i>Sueltos.</i>	182

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOMENECH,
BASEA, 30.—BARCELONA.

